

ALZATE (PRESBITERO D. JOSÉ ANTONIO),

NOTABILIDAD CIENTÍFICA.

Los hombres que se dedican al estudio de las ciencias merecen loor y alabanzas de la humanidad, porque en ella refluye toda la utilidad de los trabajos que algunos talentos distinguidos impenden, haciendo grandes viajes, destruyendo su salud, gastando sus intereses, sufriendo fatigas y contratiempos, y aun á veces arriesgando su vida. Algunos descubrimientos han dado mucha fama á sus autores como premio de sus afanes, pero los demás hombres se han servido del fruto del trabajo ajeno. El vapor acorta las distancias y facilita el comercio que ha enriquecido á tantos especuladores; el telégrafo eléctrico comunica las noticias instantáneamente, y así se multiplican los negocios; en la química se han hecho multitud de descubrimientos que han servido para la medicina; y ¿cuántos no deberán el haber salvado su existencia, á alguno de esos hombres, que solitarios, encerrados en sus gabinetes, y lastimando sus cerebros con la constancia del estudio, han llegado por fin á analizar aquella sustancia que debe traer la salud á tantos hombres? Aun en los casos que parecen puramente de recreo, también merecen estimacion y prestan alguna utilidad. El daguerreotipo, por ejemplo, nos ofrece en todos sus detalles y facilita á cada persona curiosa, el conservar una copia de esas ruinas de otras ciudades seculares; facilitando el estudio de la Arqueología, que tanto se aprovecha en el estudio de la historia; ade-

mas sirve para conservar las facciones de las personas queridas á quienes nos arrebató la muerte, y que por la dificultad, los gastos y la inexactitud, las hubiéramos perdido para siempre, pues no es tan fácil proporcionarse un buen pintor, ni está al alcance de todas las fortunas.

El señor Alzate es uno de esos pocos hombres que en nuestro país se han dedicado á las ciencias, y es tanto mas meritorio y honorífico en él, cuanto que en aquella época del dominio español, el sistema represivo, la falta de comunicacion con los sabios de otros países, la censura de libros y el sistema de instruccion, hacia muy difícil el modo de adquirir un fondo completo de conocimientos; para esto se necesitaba un empeño enérgico, un talento muy predispuesto á aquel estudio y valor para vencer mil dificultades.

Nació en 1729 este distinguido sabio en el pueblo de Ozumba, perteneciente á la entonces llamada provincia de Chalco; y parece disfrutaba el honor de estar emparentado con la célebre poetisa Sor Juana Inés de la Cruz. No se sabe si estudió latinidad en alguno de los colegios de Méjico, pero si es cierto que tenia un profundo conocimiento de los clásicos, pues en sus escritos hace á menudo citas oportunas que manifiestan lo familiares que le eran. Siendo la carrera eclesiástica la mas á propósito en aquel tiempo para dedicarse con fruto al estudio de las ciencias y de la literatura, su carácter independiente y digno le impidió obtener beneficios y ascensos lucrativos, pero él encontraba una mina inagotable en la contemplacion de la naturaleza; y á fuerza de constancia y

economía logró reunir una biblioteca de obras clásicas, un museo ó gabinete de historia natural y antigüedades del país, y una coleccion de máquinas é instrumentos necesarios para el estudio práctico y experimental de la astronomía y de otras ciencias.

Una gran parte de su vida se ocupó en hacer observaciones meteorológicas, y sus experimentos sobre la electricidad fueron numerosos y variados; algunos de ellos pusieron en peligro su vida y destruyeron su salud, por causas que él mismo explica al escribir sobre la construcción del pararrayo. La aurora boreal que apareció en 1789 le proporcionó nuevo deleite á la afición, y sus observaciones sobre aquel fenómeno son muy interesantes.

En la Gaceta describió muchas máquinas é instrumentos, y el anuncio de muchos descubrimientos útiles para la agricultura, la minería, las artes y la industria.

Dedicó mucha parte de su vida al estudio de los animales, y publicó observaciones curiosas y llenas de interés sobre la trasmigración de las golondrinas, sobre la historia natural del chuparosa, sobre la cria de la cochinilla y gusanos de seda, y sobre muchos insectos de Méjico, apenas conocidos entonces por los naturalistas de Europa. Son interesantes principalmente las investigaciones que hizo sobre la grana ó cochinilla; los naturalistas de nuestro tiempo poco han adelantado, despues de aquellas observaciones, en el conocimiento de un insecto tan productivo y tan curioso. El señor Alzate lo estudió con una sagacidad, con una minuciosidad y exactitud de que solamente era capaz un hombre como él, tan observativo y laborioso.

Con la misma dedicacion estudió las plantas, y de preferencia aquellas que son aplicables á las necesidades y goces de la vida; pero el señor Alzate hizo el estudio de los vegetales con la desventaja de no haber querido adoptar el método y clasificaciones de Linneo, ni ningun otro sistema botánico; preocupacion que no es extraña en un hombre como él, cuando incurrieron tambien en ella Buffon y otros naturalistas europeos sus contemporáneos. Grande es la dificultad que se presenta ahora, para conocer las plantas de que trató el señor Alzate en sus escritos, por no haberlas clasificado, ni denominado técnicamente, como con poco esfuerzo habria podido hacerlo.

El señor Alzáte recorrió y examinó las famosas ruinas de Xochicalco, y publicó su descripción con algunas láminas. Escribió tambien sobre otros varios puntos de arqueología, y redactó un gran número de notas y adiciones á la *Historia antigua de Méjico*, escrita por el abate Clavijero; aquellas notas y adiciones están todavía inéditas.

El señor Alzate pasó su vida ya remontando su espíritu á la bóveda luminosa del cielo y observando á los astros atentamente; ya en los campos esmaltados de flores hallaba algun nuevo recreo y nueva adquisicion para la ciencia; estudiaba al buitre que se cernia en las nubes ó buscaba al insecto imperceptible en la rama de un árbol. Subió á la montaña Yxtlacihualt, haciendo numerosas observaciones barométricas, termométricas, meteorológicas y botánicas, y descubrió que el cráter de ese extinguido volcan ya se habia cegado. Las autoridades le honraron varias veces con comisiones científicas, que

desempeñó á toda satisfaccion; y sostuvo muchas discusiones por la imprenta con algunos sabios extranjeros y con varios de sus paisanos sobre puntos de la ciencia.

La academia de ciencias de París nombró al señor Alzate, su socio corresponsal, é hizo publicar los escritos del sabio mejicano. Igual honor le dispensaron la direccion del jardín botánico de Madrid y la sociedad Vascongada. La expedicion botánica del Perú dedicó una planta á su memoria. — Falleció á los 61 años de edad el 2 de febrero de 1790, y fué enterrado en la iglesia de la Merced de Méjico.

ANDRADE Y PASTOR (D. MANUEL),

MÉDICO Y FILÁNTROPO.

La noble profesion de la medicina es una de las que mas satisfacciones deben producir en aquellos que la desempeñan con la integridad debida; á ella preceden estudios útiles y curiosísimos que hacen conocer todos los secretos de la vida, y enseñan el arsenal á donde deben irse á buscar las armas con que combatir la muerte. ¡Qué placer mas grato que devolver á un padre, angustiado hasta el delirio, á su hijo que yacia al borde del sepulcro; al tálamo nupcial del esposo la que compartia sus goces y dolores; y á la tiernisima madre el infante recreo y delicia de su corazon! ; Con qué placer mira entrar una familia, presa de la afliccion, al doctor de quien espera la sal-

vacion de la persona amada; lo consideran en aquellos momentos como á un ángel de guarda, y la mas intensa gratitud y la mas noble confianza lo saludan, cifrando en él todas sus esperanzas!

El señor D. Manuel Andrade, hijo de D. José Andrade y Guerra, natural de España, y de doña Manuela Pastor, originaria de Méjico, nació en esta última ciudad en 29 de noviembre de 1809. En las primeras letras fué instruido en el establecimiento de don Joaquin Alva, y en el Seminario conciliar estudió gramática, y allí mismo y en el colegio de San Juan de Letran, cursó la filosofia. Despues se dedicó al estudio de la medicina, que era al que mas se inclinaba, y ya en 1829 pretendió y obtuvo una plaza de practicante en el hospital de San Andrés, y una fiebre aguda fué el resultado del empeño con que se dedicó á sus nuevas ocupaciones, pero los cuidados de su familia lo salvaron del peligro. En 1831 se presentó al extinguido proto-medicato para ser examinado en cirugía. Este título le fué expedido, y con ese carácter pasó á servir como practicante mayor al hospital de la Purisima Concepcion y Jesús Nazareno.

Andrade, deseando perfeccionar sus conocimientos, deseó emprender un viaje á Europa, y para ese objeto su familia no omitió sacrificio, siendo secundada en tan laudable empresa por el Ilmo. señor D. Cayetano Portugal, que fué digno obispo de Michoacan, y por el señor don Bernardo Copca. Por fin pudo realizar sus deseos en febrero de 1833, embarcándose en Veracruz para Francia, llegando á Paris en el mes de mayo. Allí frecuentó los hospitales, trató á algunas notabilidades, y escuchó sus

sabios consejos, se instruyó en todos los adelantos mas recientes, y con tan ópimos frutos regresó á su patria despues de tres años de ausencia.

En los hospitales franceses tuvo ocasion de observar los benéficos auxilios y los consuelos que prodigaban las hijas de San Vicente de Paul, las Hermanas de la Caridad, á los enfermos, y que ellas venian á ser el complemento de los médicos, poniendo en ejecucion lo que aquellos ordenaban, y vigilando cuidadosamente su mas exacto cumplimiento; que ellas, con sus tiernos cuidados y sus palabras de dulzura, tranquilizaban y animaban los espíritus de los pacientes, ofreciendo así una curacion moral. Trabajó con una constancia inflexible para que se estableciesen, hasta que por conducto del señor D. Manuel Baranda, ministro entonces de justicia é instruccion pública, el supremo Gobierno expidió un decreto en 9 de octubre de 1845, permitiendo el establecimiento de las Hermanas de la Caridad, y poco despues se otorgó en Madrid la escritura de fundacion por los Sres. D. Juan Roca, superior de la congregacion en España, y D. Bonifacio Fernandez de Córdoba, apoderado de los fundadores. Aprobadas las bases convenidas por una real órden fechada en 6 de marzo de 1844, se dispuso lo necesario para el viaje de las religiosas que debian venir del otro continente, llevándose á cabo muy en breve, y quedando establecida definitivamente la institucion el 29 de noviembre del mismo año, dia en que las hermanas fundadoras entraron en Méjico. Si no se han realizado todas las esperanzas que se concibieron al principio del establecimiento en este país de las hijas de S. Vicente de Paul, no es culpa de

quien trabajó con tan noble deseo por realizarlo. Es necesario decir en prueba de imparcialidad y justicia que le ayudaron eficazmente para el mismo fin la Sra. D^a. Mariana Gomez de la Cortina, ex-condesa de ese título, y las señoras D^a. Faustina y D^a. Julia Fagoaga, mostrando que el bello sexo no es ajeno en nuestro país á las grandes empresas de beneficencia, y de que está animado de los mas nobles sentimientos.

No bien vió el señor Andrade realizados sus deseos en favor de la humanidad doliente, cuando pensó continuar sus esfuerzos y marchar por el mismo camino, y desde entonces trabajó asiduamente en que se fundase la congregacion de presbíteros de San Vicente de Paul, basada en los estatutos del santo y con el solo y único objeto del desarrollo de la caridad y de la filantropía. El decreto de 23 de junio de 1845 tambien se debió principalmente á sus esfuerzos; y esos sacerdotes se establecieron primero en Méjico, para fundar otros establecimientos además de los existentes en Puebla y en Leon.

En union de los Sres. profesores D. Joaquin Villa y D. Pedro Escobedo trató de introducir mejoras positivas en el colegio de Medicina. En 1838 fué catedrático de cirugía en el mismo establecimiento; despues regentó la cátedra de anatomía. Por último se le encargó de la direccion del hospital de Jesús que le confió el señor D. Lucas Alaman, y que obtuvo hasta el fin.

Fué miembro de la direccion general de estudios, vocal suplente de la antigua asamblea departamental en 1845 y diputado propietario en 1846.

Quando la república del Norte nos envió sus huestes

hasta la capital, queriendo libertar la casa del señor D. José Juan Cervantes de la rapacidad de los aventureros americanos, salió herido en la cara de un balazo, y en 8 de junio de 1848 murió de una enfermedad que contrajo asistiendo á una familia infestada de fiebre y desempeñando la mision noble de su carrera, que estamos seguros podrán presentarse muy pocos que le hayan igualado y ninguno excedido, no queremos decir en la parte científica, sino en la práctica de sus virtudes, la caridad y el desinterés.

ARCE (P. MANUEL),

CÉLEBRE FILÁNTRORO.

La caridad es una de las virtudes que Dios mira con mayor beneplácito, porque es para bien de los hombres y en honor suyo, y el que en ella se ha distinguido es benemérito de su santa Religion. Pocos la habrán ejercido en mas alto grado que el padre jesuita de quien vamos á hablar.

Fué natural de la ciudad de Aguascalientes en la antigua provincia de Nueva Galicia, el 5 de abril de 1725. A los 19 años de edad entró en la Compañía de Jesús en el noviciado de Tepotzotlan, y pasó al colegio de San Pedro y San Pablo, donde siguió con afan y constancia en sus estudios. Fué despues rector del colegio de San Ignacio

en Puebla, y se granjeó en él el aprecio de sus alumnos, á pesar de su exterior algo rústico, al través del cual se hallaba un fondo inagotable de bondades. La misma estimacion alcanzó en los colegios de Zacatecas y Guadalajara, donde desempeñó el cargo de prefecto de la congregacion de la Santísima Virgen que estaba establecida en todas las casas de la Compañía. Pasó despues de algun tiempo al colegio de San Luis de la Paz, y al mismo tiempo se encargó del curato centro de las misiones entre los Chichimecas, que llevaba á cabo con celo verdaderamente evangélico la célebre Compañía de Jesús.

Con motivo de la real pragmática sancionada por Carlos III en 25 de junio de 1767 que desterraba á todos los jesuitas de sus dominios; cuando el pueblo de San Luis de la Paz se cercioró de que los jesuitas que alli residian iban á cumplir con la órden que les comunicó el comisario regio, se amotinó y trató de impedir la salida de aquellos, y castigar al referido comisario que encontró un refugio contra la muerte en el mismo colegio de jesuitas, y dió órden al rector para que se suspendiese toda providencia, hasta que llegase la tropa que habia pèdido secretamente á Méjico. Se embarcó el P. Arce para Italia, estableciéndose en Bolonia, y allí convirtió su casa en hospital de ancianos é impedidos, y en ella les prodigaba toda clase de auxilios. Empezó á colectar limosnas para este fin y con tan feliz éxito, que despues de algunos años, y de haber asistido á multitud de paisanos suyos, quedó establecida allí perpetuamente una casa de beneficencia con el título de Hospital de Septuagenarios. Sus fondos en su mayor parte fueron proporcionados por varios jesuitas

mejicanos que pertenecían á familias ricas , como los PP. Jáuregui, Valdivieso, Guerra, Vértiz y sobre todo el P. Castañiza, de que hablaremos en su lugar. No contento con el techo hospitalario de aquella su casa que tenia de par en par abiertas las puertas á los desgraciados, no lo arredraban obstáculos de ninguna clase, y de noche y de dia, en tempestad ó calma, volaba á las casas de los jesuitas enfermos á llevarles medicinas, ropa, dinero, libros, en fin cuanto podia aliviar su triste situacion. No habia ningun oficio que le repugnase en pro de la humanidad doliente, pues curaba á los enfermos con sus propias manos, les barria los aposentos y aun llegó á prepararles el alimento á los muy pobres y aislados. En su agonía no se separaba de su cabecera y les proporcionaba todos los auxilios y consuelos espirituales con un cariño admirable, edificando su conducta tan santa á todos los que lo conocian. Cargado de virtudes y de merecimientos, que eran la admiracion de los boloñeses, se enfermó gravemente del estómago, del que habia padecido antes, y sucumbió despues de una agonía tranquila repitiendo él mismo las preces de la Iglesia para los moribundos, con la presencia de ánimo de una conciencia limpia y justa; pasando á mejor vida el 28 de junio de 1785, á la edad de 60 años. Su pérdida causó un duelo general, y su testamento manifiesta que, aun despues de muerto, queria que lo que ya no era posible hacer con sus propias manos, otros lo hicieran á su nombre repartiendo entre los necesitados todo lo poco que poseia.

ARNALDO (FRAY VICENTE),

PREDICADOR DISTINGUIDO.

La oratoria sagrada en la literatura de las naciones cristianas ocupa un lugar eminente, pues la profana sirve para deleitar y elevar al hombre sobre la tierra, mientras la primera nos sublima hasta el cielo, infundiéndonos los resplandores del Espiritu Santo, desde su cátedra sagrada, y al pecador lo separa muchas veces de la senda del error y educa su alma para el cielo.

Este ejemplar sacerdote nació en la ciudad de Campeche el 21 de setiembre de 1766, fruto legítimo del matrimonio entre doña Josefa Feliciano Coronel y D. José Santiago Arnaldo. Desde que comenzó sus estudios empezó á manifestar una vocacion resuelta por la carrera eclesiástica, y habiendo quedado huérfano á los diez y seis años tomó el sayal azul de franciscano, y fué lego en esta capital por algun tiempo, pues no queria pasar de su baja escala por la franca humildad del hombre que buscaba en las puertas de su oscuro convento las del cielo. Pero despues de reiterados esfuerzos, y de haberle hecho patente la necesidad de sus servicios en otra escala, por el limitado número de frailes en su convento, comparado con el grande de feligreses que necesitaban de los auxilios espirituales, se decidió á vencer su repugnancia en bien de la Religion, y despues de su noviciado el señor obispo Piña y Mazo le confirió el sacerdocio el 10 de enero de 1790. Luego que celebró su primera misa, tomando por

padrinos dos legos, en memoria de su primera intencion, se resolvió á incorporarse al sagrado Colegio de Querétaro, para servir bajo las banderas de Cristo en la ardua y noble empresa de las misiones, en que han perecido en distintas partes muchos respetables sacerdotes. Adquirió en aquel ejercicio gran fama de predicador, y en virtud de estos antecedentes se le encargó la plática solemne de la calenda, que pronunció en presencia de mas de ochenta sacerdotes venerables. Enfermo del estómago por tan asiduos trabajos, los médicos opinaron que solo se salvaria su vida volviéndose á su país. Al partir escribió dos cartas de despedida, que en la primera patente se circularon originales, recomendando el Padre provincial su lectura, y que fuesen trasuntadas á los libros para memoria edificante del verdadero espíritu religioso.

En prueba de su ilustracion y capacidad, solo enumeraremos los distintos empleos y cargos que obtuvo en su laboriosa vida. Fué predicador general, guardian de la Mejorada, definidor, vice-comisario de Jerusalem, custodio, secretario septenal, asistente real, notario apostólico, examinador sinodal del obispado, teólogo consultor de cámara del Ilmo. señor Obispo, notario revisor del Santo Oficio, guardian del convento capitular (dos ocasiones), comisario visitador, ministro provincial, y despues de la extinguida provincia, fué guardian de la Mejorada, tres veces por eleccion, seis por disposicion del gobernador de la mitra doctor D. José María Meneses y tres por la del actual señor Obispo.

Falleció el R. P. Fr. Vicente Arnaldo, despues de haber dejado varios sermones magnificos inéditos en los archi-

vos de su convento, monumento eterno, aunque olvidado, de su saber; despues de haber cumplido sabia y prudentemente con tanto y repetido honorífico cargo, y en fin dejando por llenar un vacío en virtudes, elocuencia y aptitud para el gobierno conventual, falleció en 5 de abril de 1848 á los setenta y nueve años de edad.

AVENDAÑO (D. PEDRO),

ORADOR SAGRADO.

Entre los primeros oradores en la tribuna del Espíritu Santo del país, debe contarse el P. Avendaño, que mereció de sus coetáneos el sobrenombre de «Vieira mejicano,» aludiendo al magnífico predicador, orgullo y blason de la iglesia portuguesa, y gran luminar de los misterios del catolicismo.

En el año de 1634 nació en Méjico, y despues de sus estudios preparatorios para la carrera literaria fué á Tepotzotlán á vestirse la sotana de la célebre Compañía de Jesús, donde se distinguió entre tanto hombre ilustrado, por la lucidez de su talento y su conocimiento familiar de los santos Padres. Como orador fué el valioso dechado de las mas altas cualidades, y su pecho vino á ser un relicario de virtudes. Contaba ya veinte y dos años de jesuita cuando escribió un manuscrito que circuló profusamente, el cual tenia por título: *Fe de erratas ó erratas*

de fe del sermón del arcediano Coscojales, en el que hizo una picante crítica de un sermón predicado por dicho arcediano, que levantó contra él una grito y una persecución constantes: razón, el atacado era pariente de la vi-reina. Aunque su crítica estaba fundada en la sana razón, la verdad divina y el dogma católico, siempre fué víctima del poder, pues se le expulsó de la Compañía, y quedó reducido al estado de eclesiástico secular, en que permaneció hasta su fallecimiento; aunque, como dice Beristani, gozando siempre del aplauso del pueblo, de la estimación de los prelados y del afecto de sus mismos ex-hermanos. En el convento de San Francisco de Méjico, y en la retirada Biblioteca, hay muchos de sus sêrmones manuscritos, don del talento y prueba de su erudición, buen gusto y celo religioso, y en la librería de la Universidad un « Certámen poético. » Se ignora cuándo murió.

AZCÁRATE Y LEZAMA (D. JUAN FRANCISCO),

ILUSTRE ABOGADO Y LITERATO.

Raro consorcio hacen las áridas leyes con las brillantes flores poéticas, en que solo encuentro la semejanza de que ambas tienen espinas; por esta razón, mayor es el mérito de quien reúne tan diversas y contradictorias dotes; además del ejemplo presente nos manifiesta otro muy distinguido el señor Lic. Couto, honra y prez de las letras y

de la abogacía, y en este caso bien merecen el independiente aplauso y el noble recuerdo de los biógrafos imparciales.

A mediados del siglo XVIII nació en la ciudad de Méjico, y pasó al colegio de San Ildefonso; cuando ya se halló en disposición de adquirir la instrucción secundaria, su aptitud para las leyes fué sobresaliente, y en 4 de octubre de 1790 se matriculó en el colegio de abogados erigido en Méjico por real cédula el 21 de julio de 1760, y muy pronto se le nombró consiliario de la Pontificia Universidad. En el ejercicio de su profesión alcanzó la confianza de sus numerosos adictos, y entre los abogados el haber sido nombrado fiscal y luego vice-presidente de la academia de jurisprudencia teórico-práctica. Fué nombrado en 1808, por influjo del virey Iturrigaray, para regidor honorario del Excmo. Ayuntamiento de Méjico. Con motivo de la intervención de Napoleón en los negocios de España, y de la conducta tan innoble de sus reyes, como leal y heroica de aquel pueblo; el señor Azcárate, que ejercía grande influencia en el Ayuntamiento, hizo á nombre de este una representación al virey, probando que dichas renunciaciones eran nulas y de ninguna validez, y dando á conocer los Mejicanos por este órgano al representante de aquellos monarcas, cuál era su opinión en la conducta jamás disculpada de ellos, y que entretanto la soberanía residía en todas las clases de la sociedad; dando así una avanzada y temprana prueba del amor de Méjico á la independencia y á la dignidad nacionales, adquiridas después con tantos sacrificios. La caída de Iturrigaray envolvió en la desgracia á sus amigos favoritos los Lic. Azcárate y

Verdad, como representantes del partido americano y víctimas del europeo, pues se les redujo á prision y fueron procesados, y á los tres años, en diciembre de 1811, se concluyó y fué puesto en libertad, « quedando el interesado, segun el fallo, en la buena opinion y fama que se tenia de su honor y circunstancias, antes de los sucesos de 1808. » Fué miembro de la Junta Provisional, por el aprecio de Iturbide á sus ideas y capacidad, y su firma se halla en la solemne Acta de la independenciam de Méjico. El libertador lo invistió con el carácter de ministro plenipotenciario para Inglaterra, á donde no llegó á ir. Negoció un tratado con Gionique, enviado de los Comanches, aquel facultado por el gobierno, para el comercio de ambos pueblos. Despues, en las administraciones sucesivas, fué ministro del Supremo Tribunal de la Guerra, sindico del ayuntamiento, secretario del Hospicio de pobres, y estuvo tambien en otras comisiones. Su saber y ciencia en la abogacia y las letras, queda efectiva en sus distintas obras publicadas. *Prospecto de las ordenanzas del gobierno del Hospicio de pobres*, impreso por Ontiveros: *Proyecto de reforma de algunos de los estatutos de la Real Academia de Jurisprudencia teórico-práctica*, en la imprenta de Ontiveros en 1812: Aprobacion y dedicatoria que de orden de la N. C. de Méjico escribió en el cuaderno intitulado: *Poema heroico en celebridad de la colocacion de la estatua ecuestre colosal de bronce del señor D. Carlos IV*, en la misma imprenta año de 1804: *Oda y soneto en el certámen poético formado con motivo de la colocacion de la estatua ecuestre del señor D. Carlos IV*, 1815: *Breves apuntamientos para la literatura del reino de Nueva*

España: Ensayo panegirico é histórico, en elogio del mérito de los principales sugetos, asi naturales como europeos, que han sobresalido en el reino. Su muerte aconteció el dia 31 de enero de 1831.

BACA (D. LUIS),

MÚSICO Y COMPOSITOR.

Esta es una de aquellas existencias que prometian dejar á su paso por el mundo un reguero de luz imperecedero; pero la muerte, que se complace en destrozár las mas bellas esperanzas, no dejó al tierno árbol extender todo su frondoso ramaje, ni ostentar maduros los frutos que prometia su esplendor lozano. Debemos considerar á este jóven artista mas bien por lo que manifestaba ser que por lo que fué, y por esto no se entienda que no escribiese nada notable: el autor del *Ave Maria* merece un recuerdo de las almas piadosas, y admiracion de las personas condecoradas en el divino arte de la música.

Nació en la ciudad de Victoria de Durango el dia 13 de diciembre de 1826, y fué hijo del señor D. Santiago Baca, primer gobernador constitucional de aquel Estado y de D^a. Veneranda Elorriaga. Apenas habia cumplido cinco años de edad cuando fué puesto bajo el cuidado del señor D. Francisco Elorriaga, persona muy distinguida por su ilustracion y honradez, y por los altos destinos que desem-

peñó, y á él se debe el buen giro que tomó nuestro jóven artista en su educacion. En Durango completó sus estudios primarios, y aprendió idiomas y geografía. Pero su afición á la música comenzó á hacerse notar desde sus mas tiernos años, y merced á su solicitud, á los siete años comenzó á adquirir los primeros rudimentos del arte con el maestro de capilla de Durango D. Vicente Guardado.

Cuando su familia vino á Méjico en el año de 1839, fué puesto bajo el cuidado del señor D. Juan Rodriguez Puebla, en el colegio de San Gregorio, y allí estudió latin y filosofía, concurriendo á la Academia de Bellas Letras que daba el mismo Sr. Rodriguez. Su pasion por la música volvió á manifestarse con mas fuerza y recibió las lecciones del profesor D. José Antonio Gomez, maestro de capilla de la Catedral de Méjico, y á quien se debió que el Colegio tuviese una buena orquesta.

Aunque Baca concluyó el primer año de leyes, conocia que no era ese árido estudio para el que él habia nacido, y su naturaleza de artista se desarrollaba componiendo walses y cuadrillas que eran los preludios de las armonías con que despues nos ha recreado.

En el año de 1844 marchaba para Francia, á estudiar la medicina, que era la carrera á que lo queria destinar su familia, pero él en su interior se regocijaba que iba á visitar la moderna Atenas y perfeccionarse allí en su estudio favorito de la música.

Comenzó sus trabajos en la escuela de medicina y en tres años cursó física y química médicas y anatomía, pero olvidando pronto estos estudios recurrió á Mr. Edemundo Jouvin, para que lo instruyese en la ciencia de la compo-

sicion musical, pues ya en la ejecucion de ella daba muy notables muestras de adelanto tocando el piano con mucho desembarazo y evidente gracia. Con aquel distinguido maestro aprendió las reglas del contrapunto, de la orquestracion y de la armonía. En 1845 llegó á París el romántico autor de la Lucía, y Baca fué á tributar sus homenajes al que supo elevarse á la cumbre de la celebridad, con su admirable aria final de la ópera mencionada, con aquella agonía tan poética y amorosa, una de las obras maestras del arte. Baca fué recibido por él con el mayor agrado, y cuando le oyó tocar sus composiciones le dijo: « Sabe V. lo que necesita saber; á mí nadie me enseñó á componer; escriba V. y veremos. » Sin embargo nuestro artista recibió oportunos consejos, que le sirvieron para perfeccionar su gusto, y aficionarlo á la dulcísima escuela italiana, á la que Baca daba una preferencia debida.

En 1846 se presentó Baca al Conservatorio y fué recibido por esa reunion de profesores con muestras de aprecio, y se le admitió en todas las clases. Pero ya entonces en los salones era celebrado por su hermosa arieta improvisada para piano y canto intitulada: *Andad hermosas flores*, que era notable por la suavidad y delicadeza, y al momento las copias se extendieron por toda la ciudad, y Baca empezó á ser visto con admiracion.

Despues, cediendo á las instancias de sus amigos y de algunos escritores publicó una coleccion de seis polkas: la *Linda*, la *Josefina*, la *Julieta*, la *Jenny*, la *Delfina* y la *Amada*, que fueron perfectamente recibidas, y aumentaron su reputacion; y es tanto mas de advertir su mérito, cuanto que entre aquel número infinito de composiciones

que circulaban, las de Baca se hicieron un lugar muy distinguido por su correccion y belleza.

Pero deseando elevarse á mayor altura y dedicar sus fuerzas á composiciones mas serias, acabó pronto la particion de su ópera *Leonora*, que dividió en dos actos. Fué escrito el libreto por Cárlos Bozetti, poeta italiano, refugiado en Francia. Esta ópera permanece inédita, pues su autor pensaba hacer un viaje á Italia para que en aquellos teatros se estrenase; pero si conocemos algunos hermosos fragmentos de ella, y su Cavatina fué cantada en París por la célebre Jenny de Rossignon y en el teatro italiano, recibéndola el público con estrepitosos aplausos, y los inteligentes con muestras de aprecio.

Pronto escribió el jóven maestro otra ópera que intituló: la *Giovanna di Castiglia*, tambien en dos actos, y recibió el libreto del literato florentino Temistocles Solera, autor de una magnífica oda á la reina de España; de esta ópera dice uno de sus biógrafos: « Todo es italiano en Giovana, todo es poético y sentimental, todo revela la profunda sensibilidad y conocimiento del corazon humano. Cada frase, cada modulacion, cada nota conmueve, entusiasma y arrebatá, y el corazon palpita ya de gozo inefable, ya con esa tristeza tranquila y poética que inspiran los gemidos de las brisas, las voces de los torrentes, los gorjeos de los cenizales, los arrullos de las tórtolas, las melodías, en fin, misteriosas y sublimes de la naturaleza á la hora apacible de la caída de la tarde. »

Escribió despues la obra que mas reputacion le dió en Francia, su célebre y poética *Ave Maria*, para la iglesia de Nuestra Señora de Loreto de París, donde se ejecutó

en la funcion del mes de María en mayo de 1850. El manuscrito fué para órgano, y á petición de Jenny de Rossignon, que tiene un placer particular en cantarla, Baca la escribió para orquesta en el corto tiempo de seis horas. De esta obra se hizo una magnífica edicion de lujo en París, y Baca la dedicó como recuerdo de gratitud á su maestro D. José Antonio Gomez, y lleva al frente un grabado sobre acero de la Catedral de Méjico, y una biografía de su autor, escrita en francés por el distinguido literato español D. J. Bermudez de Castro, y de ella copiamos los siguientes fragmentos: « Hé aqui un nuevo compositor que nos llega de la antigua patria de Moctezuma y Guatimoc, cuyo mérito notable, y cuya indisputable originalidad, que nadie ha puesto en duda, prueban que el genio humano es esencialmente cosmopolita, y que no hay nacion que de él esté privada en la superficie de la tierra. »

« Baca es un jóven mejicano, dotado de una fecundidad prodigiosa, amante de la música como de una querida, y habla de su arte con una vehemencia entusiasta y contagiosa. En sus momentos de expansion entre sus amigos suele improvisar en el piano un torrente de melodías llenas de fuerza ó de dulzura, con la ligera prodigalidad que caracteriza á las naturalezas artísticas. »

« Todo el mundo artístico recuerda aquella admirable *Ave Maria* tan bien ejecutada por la Srta. Rossignon, cuya voz vibrante y patética es demasiado conocida del pueblo parisiense para que ahora nos detengamos en elogiarla. En cuanto á nosotros, jamás podremos olvidar aquella noche deliciosa que hace época en nuestra exis-

tencia. Jamás hemos sentido trasportes tan voluptuosos y al propio tiempo tan castos y tan puros. Entonces fué cuando comprendimos los efectos de la gracia divina que de súbito convierte los corazones. Estábamos como una esponja empapada en agua de olor; por todo nuestro ser pasaban corrientes proféticas de una dicha celestial, y todo el auditorio sentía también aquel seductor arrobamiento. Hemos visto que una jóven del pueblo en su delantal recogía sus lágrimas casi divinas, mientras que el hermoso rostro de una inglesa alterado por el éxtasis, dejaba ver sus ojos de un azul celeste levantados al cielo é inundados en lágrimas de inefable ternura.»

« Las melodías del autor del *Ave Maria* inspiran sentimientos de una dicha celeste, ó hacen pensar en la mas bella, en la mas irresistible de las pasiones, en el amor; pero en el amor tierno y caballeresco de los héroes del Taso, ó en el ideal y melancólico de Romeo, y de ningún modo en las galanterías de los héroes del Ariosto, ni en la volcánica incandescencia del Otelo.»

« En resúmen, el Sr. Baca pertenece á la escuela que pudiera llamarse femenina, donde toma un lugar al lado de Rafael, de Virgilio, de Fenelon, de Racine, de Canova, y mas inmediatamente de Paesiello, de Bellini y de todas las naturalezas suaves y contemplativas, cuya imaginación está guiada por el sentimiento. Sus mas bellas composiciones evocan naturalmente la idea de un campo esmaltado de lirios y de margaritas, iluminado por el vaporoso rayo de la luna ó también de los reflejos brillantes de esmeralda y amatista en el ceniciento seno de la paloma que el amor agita é inspira.»

Baca viajó por Inglaterra, Bélgica é Italia, y trató en Francia, demostrando su admiración por la literatura, á Julio Janin, á los hijos de Víctor Hugo, al célebre Zorrilla y á otras notabilidades.

En 1832 llegó á su patria despues de tan larga ausencia, y todos los periódicos, reconociendo el mérito del jóven compositor, lo saludaron con merecidos elogios y la « Ilustración Mejicana » publicó una elegante biografía escrita por el Sr. D. Francisco Zarco.

Por esta época se hallaba en Méjico la Sra. Koska, célebre artista francesa, que ha obtenido un primer premio en el Conservatorio de París, siendo muy aplaudida en los teatros de Burdeos, Marsella y otras ciudades de Francia, y también la Alta California. Dió varios conciertos en el teatro nacional de Méjico, y se empeñó en cantar algo de nuestro jóven artista, y escogió su célebre *Ave Maria*; el Sr. Langier, artista muy distinguido, también cooperó á la realización de tan feliz pensamiento, y Baca correspondió á su empeño escribiendo expresamente para él la parte de trompa que embelleció mas su obra. El público mejicano recibió con estrepitosos aplausos esta composición, y su autor fué llamado á la escena con el mayor entusiasmo; su reputación entonces se hizo mas universal.

Pero Baca estaba inquieto por volver á Europa, para seguir adelantando con el estudio de las obras maestras del arte, y con el objeto de hacer representar sus óperas en Italia; acaso también motivaba este deseo ardiente el presentimiento de una próxima desgracia. Cuando menos lo esperaban sus amigos, en la lozanía de la juventud y disfrutando de salud, se vió atacado de cólico y á los

tres dias de enfermedad murió rodeado y profundamente sentido de su familia y de sus mas íntimos amigos.

Creemos que entre los músicos modernos de Méjico era el que mas genio manifestaba, era el que sentia hervir en sus venas ese fuego sacro del arte con mayor vehemencia: habria otros que le aventajasen en correccion y acaso en gusto, debido á mas experiencia y mayor edad; pero ninguno en inspiracion y en esperanzas que se hubieran realizado indefectiblemente, si la desgracia no persiguiese á nuestra infortunada patria, y le arrebatase en flor sus talentos mas privilegiados. Contando un número mayor de años, y siguiendo sus estudios en Europa, creemos que nadie en nuestro país le hubiera aventajado ni se hubiera elevado hasta su altura.

BARANDA (D. PEDRO SAINZ DE),

DISTINGUIDO MARINO.

Como nuestro país carece de marina mercante, y por consecuencia natural de la de guerra, ha producido pocos marinos notables; entre ellos merece ocupar el primer lugar el señor Baranda, por su denuedo en el mas famoso combate naval de este siglo, y por sus conocimientos extensos en ese tan importante ramo para la prosperidad de las naciones.

Nació en Campeche el 15 de marzo de 1787 y fué hijo

de D. Pedro Baranda, ministro de la Real hacienda, y de doña María Josefa Borreyro y Fuente. Se le envió por su familia á España á la edad de once años, para que adquiriese los conocimientos de marina, en la academia del departamento del Ferrol. Despues de un prolijo exámen fué nombrado guardia marina, embarcándose el 18 de octubre de 1805 á bordo del navio S. Fulgencio, que salió á campaña en la escuadra al mando del valiente marino D. Domingo Grandallana, y en todos los combates que tuvieron lugar, se distinguió nuestro marino.

En la célebre batalla de Trafalgar, acaecida el 21 de octubre de 1805, entre la escuadra combinada al mando de Gravina y Villeneuve y la inglesa al de Nelson, el señor Baranda se hallaba á bordo del Santa Ana que dirigia D. Ignacio Álava. Sobre este punto se dirigió Collingwood que mandó una de las dos columnas de ataque, y quiso romper la línea aliada por la proa del Santa Ana; pero este buque maniobró diestramente, burlando los decididos esfuerzos del Royal Sovereign, que montaba el vicealmirante, hasta desarbolarse ambos navios. Entonces recibió nuestro marino tres gloriosas heridas, que testifican su valor en aquel imperecedero hecho de armas en que tronaron 4,000 cañones y se contaban 60 navios de línea, durante la batalla. Por premio de su brava conducta en esa ocasion naval, fué nombrado en noviembre del mismo año alférez de fragata, pero no pudo continuar á bordo por efecto de sus heridas. En 1º de octubre de 1806 se embarcó de nuevo en el Principe de Asturias, y en 15 del mismo pasó al apostadero de Cádiz mandando la cañonera número 44, y en diversas veces se batió,

distinguiéndose principalmente en el combate sobre la costa de Chipiona, que dió por resultado el apresamiento de ocho mil fusiles, mereciendo particular recomendacion del señor Álava.

Tambien se halló el marino yucateco en las acciones generales de todo el apostadero que mandaba el brigadier D. José Mariano Ortega. Despues bajó á tierra á hacer el servicio en las brigadas de artillería de marina. Con real licencia, se embarcó en el pailebot Centinela en marzo de 1808. Entró á la Guayra, y de allí pasó á Caracas con una importante comision; de este punto á Cuba con el mismo objeto, y en fin á su país natal en junio.

Con motivo de la guerra entre España y Francia no quiso hacer uso de su licencia ilimitada, y ofreció al gobierno sus servicios. Aceptó la oferta el capitán general D. Benito Perez, y le nombró comandante del pailebot de guerra « Antenor, » con el que desempeñó arriesgadas comisiones en el golfo mejicano y en Haiti. Por real órden de 26 de febrero de 1813 pasó á servir en comision al cuerpo de ingenieros, encargándose de las obras de fortificacion en Campeche, desempeñando la comandancia en distintas ocasiones. A la época del restablecimiento de la constitucion en 1820, fué electo diputado á las Cortes de la monarquía en compañía de Zavala, Guerra, Duque Estrada y García Sosa.

Despues de ganada la independéncia de Méjico, el supremo gobierno en 7 de setiembre de 1822 le destinó al departamento de marina de Veracruz, en donde fué nombrado mayor general de la armada, obteniendo el despacho de teniente de fragata en 21 de junio de 1822, y en

15 de enero siguiente el de capitán. Son importantes sus servicios en la toma del castillo de S. Juan de Ulúa, último baluarte del poder español, y defendido lealmente por los bravos hijos de Pelayo: contribuyó decididamente á aquel triunfo, en que se distinguió el general Barragan, mandando la escuadrilla mejicana, con la que bloqueó la fortaleza, é impuso á la contraria que traía refuerzos, obligándola á volverse á la Habana. Objeto de la predileccion del señor Baranda fué el reorganizar nuestra marina, pero fué abandonado en su empresa por el gobierno. Pidió y obtuvo su retiro en 11 de febrero de 1826, aunque con repugnancia por parte del gobierno, que tanto se aguardaba de su valor, pericia, servicios y grandes conocimientos en la marina. El nombre del señor Baranda está escrito con letras de oro en el salon de sesiones del congreso de Veracruz, en memoria de la victoria sobre S. Juan de Ulúa.

Retirado á la vida privada, sin pretensiones de ningun género, fué nombrado jefe político, subdelegado, juez de primera instancia y comandante del partido militar de Valladolid. En todo esto prestó grandes servicios, trató de establecer una escuela lancasteriana, y estableció una máquina para hilados y tejidos de algodón, la primera de su clase que se introdujo en la República. En los años de 1834 y 35 fué nombrado vicegobernador del Estado, con el mando de él, pero se le privó de aquel puesto por la fuerza, aunque resistió por deber, y tuvo que volverse á su casa á la vida privada. En junio del año de 1837 fué nombrado prefecto de Valladolid. Falleció en Mérida el 16 de diciembre de 1845. Su carácter era enérgico, y

tenia muy vastos conocimientos en el ramo de marina; se distinguia por su honradez, y su conversacion era fácil y amena; amigo tambien del epigrama y de la sátira ino- centes en que abundaba aquella, siempre animada con el recuerdo de grandes sucesos y de una vida inquieta como las olas en que pasó sus primeros años, y en cuyo seno desempeñó tantos servicios.

BARRAGAN (EXCMO. SR. D. MIGUEL),

PRESIDENTE DE LA REPÚBLICA.

Los importantes servicios prestados por este ilustre militar mejicano en la para siempre memorable época de la independencia, le alcanzaron el renombre de que goza en la República, y que lo elevaron hasta la suprema magistratura.

Nació este general en el Valle del Maiz, estado de San Luis Potosí, en el año de 1789. En su capital hizo sus estudios primeros, y entró al servicio de las armas con tan felices disposiciones, que muy pronto fué ascendiendo grado por grado, y tuvo la gloria de contarse entre los valientes del ejército Trigarante. El libertador D. Agustin de Iturbide, prendado de sus nobles antecedentes militares, le manifestó particular aprecio, al que él supo corresponder; pero amigo acérrimo de la libertad por la que habia expuesto su vida en los campos de batalla, fué

uno de los que se opusieron abiertamente á la creacion del imperio mejicano, y por cuyo motivo se le redujo á prision, y no recobró su libertad, hasta que aquel se disolvió, y se proclamó la república.

En el año de 1824 fué nombrado por el gobierno comandante general de Veracruz, en el critico tiempo en que flameaba en el castillo de S. Juan de Ulúa el orgulloso pabellon ibero, y este era el único punto que quedaba á la metrópoli de su antigua y extensa colonia mejicana. Los que hayan estado en aquel puerto saben muy bien que la fortaleza es la llave de la plaza, pues que sus fuegos la barren por todas partes; con tal motivo la conservacion de aquel punto con una escasa guarnicion y pocos elementos de guerra era una empresa difícil y arriesgada, y como no se podia establecer el bloqueo por los dos miserables buques de guerra nacionales, los Españoles podian recibir refuerzos y asaltar la plaza ó reducirla á escombros con sus proyectiles. Barragan tuvo que recurrir á su genio militar, en el que halló elementos, no solo de defensa, sino que comenzó á combinar un plan, para hacerse dueño del castillo. Situó Barragan su barraca en el puesto arenoso de Mocambo, lleno de todas las plagas en que abunda aquel suelo mortífero. Los Españoles como carecian de viveres intentaron por segunda vez apoderarse de la isla de Sacrificios y fueron rechazados, y deseando el general mejicano aprovecharse de la influencia moral de aquel triunfo, así como abreviar sus operaciones para no dar tiempo á que llegasen los consabidos refuerzos, cambiándose enteramente la situacion y pudiendo los enemigos tomar la ofensiva, deseó insinuarse

en el corazón de aquellos por medio de escritos conciliadores, y valiéndose de todos los resortes propios de tales ocasiones y sugeridos por una cabeza bien organizada. Los soldados españoles, por la peste que se había declarado entre ellos, mas bien semejabán espectros que hombres, y para sostener el peso de sus armas solo estaban alentados por su espíritu de hidalguía castellana, tan notable entre ellos sobre todo en las grandes ocasiones. Barragan intimó en 5 de noviembre la rendición en el término de 24 horas, y preparándose al asalto en caso necesario; se le contestó pidiendo una suspensión de armas. El general mejicano propuso una entrevista en un buque entre la fortaleza y la plaza: negóse Copinger, que era el gobernador de Ulúa, quien á su vez propuso que Barragan pasase en la noche al castillo acompañado de algunos oficiales, ó enviase á estos en su nombre, como se verificó, acordándose la capitulación en 14 artículos que fueron ratificados el 18 de noviembre de 1825. Este triunfo inesperado le granjeó las simpatías de aquellos habitantes, pues les devolvía la paz y la tranquilidad, y aquel congreso lo nombró jefe político, siendo comandante general también, y con este doble mando introdujo grandes reformas, en medio de un orden y una armonía admirables, mientras en los demás estados de la República fermentaba el fuego de la discordia. En esto tuvo lugar el pronunciamiento de Montaña, y habiendo Barragan secundado aquel plan, trató de fugarse por el mal éxito de su tentativa y fué aprehendido en Manga de Clavo, arrestado en Ulúa, y de allí conducido á los calabozos de la ex-Inquisición de Méjico; siendo despues conducido al

puerto de San Blas adonde se le obligó á embarcarse. En Guayaquil, Guatemala y Norte-América recibió pruebas inequívocas del aprecio que merecían sus servicios, que se conocían aun fuera de su país. Despues pasó á Europa, donde supo aprovecharse de aquel viaje, poniéndose al corriente de los grandes adelantos de aquellos países, perfeccionándose en sus conocimientos militares y políticos, y en el trato y conocimiento de los hombres.

Vuelto á su país recibió las demostraciones mas lisonjeras de aprecio y bienvenida, y el gobierno quiso utilizar sus conocimientos, por lo que ocupó el ministerio de la guerra, y desempeñó comisiones importantes en varias ciudades de la República. El presidente Santa Anna le llamó al poder, y halló en él un auxiliar eficaz para el restablecimiento del orden. Por ausencia de aquel general se le nombró presidente de Méjico, y tomó inmediatamente cuantas providencias eran de su alcance para corresponder á las obligaciones que contrajo en aquel alto puesto. Las miserias del erario afligian su alma caritativa, y muchas veces auxiliaba de su bolsillo á las viudas y á los pobres inválidos. Cuando estaba mas dedicado á la introduccion de mejoras en los ramos de la administración, una fiebre pútrida terminó su vida el 1.º de marzo de 1836, y su entierro se celebró con la pompa debida á la jerarquía á que lo habían elevado sus servicios.

Nadie puede quitar al general Barragan la gloria de haber sido el que arrojó á los últimos soldados españoles que habían quedado en el país; conquistando, con escasos recursos de guerra, la mejor fortaleza de la República, y arrancando para siempre de sus almenas el pabellon es-